

Este es el primero de dos artículos acerca de la Asamblea que la Federación Mundial de Sociedades Gallegas celebró recientemente en La Coruña.

- I -

EMIGRACION

EN el pasado mes de setiembre ocurrió en nuestra región algo que puede catalogarse como «importante» e «insólito». Por primera vez en mucho tiempo tuvimos en La Coruña una asamblea «casi» «parlamentaria», en el que se discutieron en libertad algunos de nuestros problemas vitales. Por primera vez también, en mucho tiempo, las diferentes tendencias políticas de izquierda, centro y derecha enfrentaron sus teorías en debates públicos. Galicia, como región diferenciada, era una realidad.

Naturalmente que me estoy refiriendo a la reunión celebrada por la «Federación Mundial de Sociedades Gallegas» en los pasados días 12, 13 y 14 de setiembre de este año de gracia 1974. La sede

de la Federación radica en La Coruña y tiene como secretario (nuevamente reelegido este año) a don Luis Sánchez Mosquera, persona de reconocidas virtudes y al que casi podríamos llamar «padre» de dicha federación.

Ha sido nuestro destino como pueblo celta (pueblos celtas los grandes vencidos por la historia!) sufrir una de las más intensas y prolongadas emigraciones que nunca se han registrado en Europa.

En cincuenta años, un dato arrancado al libro de Valentín Paz Andrade «La marginación de Galicia», nuestra región perdió el

sesenta por ciento de sus hijos. El viejo drama que ensombreció a la generación de Rosalía, y a la de Curros, y a la de Brañas, y a la de Castelao revive en nuestros días y, según la ponencia del Congreso de Emigración coruñés, entre 1950 y 1970 emigraron quinientos mil gallegos: medio millón.

Concretamente en 1969 los mayores contingentes de emigrantes españoles a Europa salieron de las provincias de Orense y Granada; Orense, con sus 24,6 emigrantes por mil habitantes superó en casi ocho veces la media nacional.

Por VICTORIA ARMESTO

Este problema de la emigración siempre sin resolver, porque si emigran mal y si luego vuelven peor, constituye como una frustración para todos nosotros y es consolador advertir que también nuestra Iglesia comparte esta inquietud. En ocasión de uno de los «días migratorios», el obispo de Lugo, doctor Delicado Baeza, se refirió al tema en una interesante carta pastoral de la que recuerdo el siguiente párrafo:

«La razón fundamental (de la emigración) se encuentra en el hecho de que nuestra región no está suficientemente desarrollada para ofrecer puestos de trabajo, por la situación de nuestro campo, la falta de industria que puedan absorber los excedentes de mano de obra, de las arcaicas estructuras rurales y la falta de capacidad técnica y profesional de un amplio sector de nuestra población activa...»

Lejos de desaparecer, o de amornarse, la marginación de la tierra gallega parece que cada vez se acentúa, distanciándonos más y más no ya de los países europeos, sino incluso de las propias regiones industriales españolas a cuyo «despegue» contribuye tan poderosamente nuestro propio ahorro. Los economistas gallegos, los profesores de Compostela, los intelectuales, algunos políticos (pocos), representantes laborales y gremiales han denunciado de un modo incansante esta prolongada marginación de Galicia, esta paralización que va unida a la sangría producida no solo por la emigración al extranjero, sino también por la interior que, desde nuestro punto de vista, resulta incluso más pernicioso que la primera ya que nos origina los mismos males sin producirnos los mismos beneficios. Muy pocas veces estas voces de denuncia y protesta se han podido orquestar en una asamblea como la que en setiembre se celebró en La Coruña.

Allí estaban representadas las dos Galicia, la nuestra y la emigrante y de la segunda asistían dos clases de representantes. En unos se encarnaba la antigua emigración galaica trasoceánica, en otros la nueva emigración europea. Vivo y admirable ejemplo de la primera lo constituían los representantes del Centro Gallego de Buenos Aires, una institución en la que parecen materializarse muchas de aquellas virtudes de solidaridad, valor y constancia que rara vez se observan reunidas en nuestra tierra.

Sin duda que ha constituido una alegría para don Eduardo Sánchez Millares, que como presidente del Centro Gallego de Buenos Aires presidía la delegación bonaerense, haber recibido el agasajo oficial y popular que le tributaron sus paisanos de Noya. Con el presidente venía también don Valentín Fernández, natural de Santiago de Compostela, quien dirige la revista «Galicia» del Centro Gallego y que de un modo poderoso contribuye a guiar la política cultural de la institución.

Valentín volvía este año a Galicia después de una larga y penosa odisea. La vida de este hombre es casi novelesca y a lo largo de la misma su acusada simpatía personal fue forjando su ascenso personal y político. Hombre de grandes amigos, es también hombre de grandes enemigos, pues parece tener el arte de concitar pasiones extremas. A los dos representantes llegados de Argentina se les unió aquí don Luis Sobreira, persona amable, serena y

eficaz. Como los representantes del Centro Gallego están, debido a su entrenamiento democrático, tan preparados para las manifestaciones políticas, a nadie puede extrañarle que, en el momento en que hubo elecciones las ganaran ellos.

Si el Centro Gallego de Buenos Aires representa a la vieja emigración galaica, aquella que hizo de Buenos Aires la más grande ciudad gallega del mundo, la nueva emigración a Europa también estaba representada en el congreso de La Coruña y, entre otros, por un hombre joven y barbudo, don Carlos Díaz Martínez, quien hablaba en nombre de la «Irmandade Galega» de Suiza.

Carlos Díaz, que lleva doce años en Suiza, se ha formado en parte en este país y en parte en Francia, donde se licenció en Sociología. Habla inglés y francés y su ponencia fue presentada en gallego.

He seguido atentamente las manifestaciones del señor Díaz Martínez. Se une este hombre joven a los representantes maduros en su repulsa a la emigración. Si hubo un punto en el que coincidieran las diversas tendencias participantes fue en que es preciso frenar la emigración.

Según Carlos Díaz no existe para el emigrante gallego ni integración ni infraestructura cultural en los países industriales europeos. Considerado como una simple fuerza de trabajo, su posible desarrollo laboral o promoción social o cultural están limitadas por su impuesta condición de trabajador temporero. Contratado por unos meses, no puede ni adquirir vivienda ni trasladar a su familia. Solo en Ginebra —añade don Carlos Díaz— viven unos catorce mil españoles, de ellos ocho mil son gallegos y la mitad de ellos temporeros.

También se explotó el representante de la «Irmandade Galega» acerca de un tema triste. En los casos en que el emigrante traslada a su familia, ¿qué ocurre con la educación de los niños?

En la propia Ginebra, y según el mismo informante, hay más de mil niños sin escuela: «He conocido —añade— niños de 12 y 14 años que no sabían ni leer ni escribir».

Se refirió asimismo al hecho registrado de que nuestras comunidades viven aisladas en un «ghetto». Muchos de los 10.000 gallegos que trabajan en Longres (¿no serán más?, cuando yo voy a Londres no veo más que gallegos por todas partes) se buscan de un modo patético con el único fin de paliar la soledad estableciendo el contacto humano. Por último, el representante de la «Irmandade Galega» recordó que un niño hijo de emigrantes puede nacer en Suiza pero que hasta los 21 años no tendrá opción de elegir su nacionalidad y el Gobierno se reserva el derecho de concederla o no.

Varias veces, insistió el mismo representante, nuestros emigrantes desearían volver si aquí pudieran obtener un trabajo decentemente remunerado. Al referirse a Galicia el señor Díaz Martínez usó repetidamente el término «nación» lo que pareció ofender al representante de una asociación gallega de Montevideo, el cual llegó hasta el extremo de protestar.

Salió rápidamente al quite uno de los representantes del Centro Gallego de Buenos Aires y sus palabras textuales fueron las siguientes:

«Galicia es una región dentro de España. No somos separatistas, solo pedimos la defensa de los derechos gallegos. La renta por habitante en Galicia es un tercio de la que hay en las Vascongadas. No podemos consentir que el ahorro gallego sirva para el desarrollo de otras regiones...»

Pluma de Medianoche

Por Luis Caparros

DE SICA

CON la muerte de Vittorio de Sica pierde el séptimo arte una de sus figuras más considerables de todos los tiempos. Porque si bien en la obra del italiano hay muchos altibajos, hay un momento, allá cuando por los años cuarenta surge el movimiento neorrealista, en que algunas películas suyas alcanzan una cumbre de egregia valoración. No olvidemos que «Ladrón de bicicleta» ha sido repetidamente incluida entre las diez películas más importantes de la historia del cine, sin que puedan olvidarse otros títulos de aquella época, como los de «El limpiabotas», «Milagro en Milán», «Umberto D», fruto de una fructífera colaboración con aquel brillante y gran espíritu literario que es Cesare Zavattini.

Pero De Sica realizador no desmerecía mucho del De Sica actor. Su incorporación de «El general de la Rovere» es inolvidable, como inolvidable es el suave sentimentalismo de alguna otra película de tono menor como pudo ser «Estación Termini».

Personalmente, además, no olvido a un Vittorio de Sica genuinamente italiano en sus desorbitaciones expresivas, en sus entusiasmos eróticos, en su exuberancia latina. El De Sica como contrapunto machista al feminismo no menos desbordante de la Sofía Loren inicial.

FRECUENCIA

Y como el aperturismo ha venido y decididamente no se ha ido —lo que pasa es que por aperturismo unos entienden unas cosas y otros entienden otras— incluso llega un señor a la televisión y repite, para que se enteren todos, aquello tan antiguo de que una vez al año es de ermitaños, una vez al mes buena cosa es, una vez a la semana es cosa sana y una vez al día es porquería.

—¿A qué se refiere, mami? —le preguntó a su progenitora un niño que escuchaba la cosa. La madre, un tanto desconcertada, se salió por los cerros de Ubeda.

—No sé. Cíeo que se refiere a lo de ducharse uno...

—¿Y es una porquería la ducha diaria? —insistió el otro.

—Bueno —se evadió la madre—. Antes se decía que casi era pecado...

RAIMON

DICEN que Raimon, una de las figuras artísticas más interesantes que había dado la España de los años cincuenta, va a recobrar sus oportunidades tras una especie de reconciliación del «establishment» o como se escriba la cosa, no sé si amparada en el

aperturismo que dicen perdura o en una cierta acomodación del artista a unas circunstancias en las que hay que escoger definitivamente entre ceder o renunciar.

Mientras se dice que Raimon va a tener luz verde para sus recitales y sus mensajes, los que no quieren luz verde para otra cosa que no sea recrearnos en Trento, en Covadonga o en Brunete, siguen asaltando editoriales, porque los libros siempre son perniciosos y ya se sabe que la cultura es el opio de los pueblos. O puede serlo.

No sé qué dirá de todo ello el futurólogo Rafael Lafuente, que se marcha de España un tanto desencantado porque dice que aquí nadie le hace mayor caso, pese a que sus vaticinios tienen una garantía más o menos acreditada. Lo que pasa es que en este país no hay futurología posible, porque si vivimos de la improvisación, vaya usted a sacar conclusiones de cómo va a ser el mañana cuando seguimos discutiendo cómo realmente fue el ayer.

CIGUENA

MENOS mal que la España de Trento a que me refería, la de no al divorcio, no al aborto, no al desmadre, se queda luego muy complacida cuando ve el espectáculo de nuestras ex ingenuas oficiales, como la siempre prometedora y nunca consolidada Marisol, luciendo y pregonando en la primera plana de revistas y diarios su estado de buena esperanza por libre y anunciando que se va a Brasil para que nazca allí su niño, porque que nazcan niños de esta guisa en la propia España ya quedó muy demodé cuando a Manolo Benítez comenzó a proporcionarle familia la francesita «Pantera» que se trajo a Villalobillos el inventor del teléfono con cuernos.

La España de Trento, la de Covadonga y la de Alcubierre, se alarma más con un libro, con una conferencia o con unos simples dibujos de Picasso que con este desmadre de sus ex ingenuas que hay que ver con que desahogo dejan de serlo a la primera de cambio que se presenta.

INTASAT

NO sé qué habrá pasado, en el momento en que escribo estas líneas, con el lanzamiento previsto del primer satélite artificial español, ese «Intasat» que se apresta a surcar los espacios acaso lanzando mensajes universales con el «¡Que viva España!», de Manolo Escobar por fondo melódico.

«Los hombres de nuestra «Nasa» particular han sido lo suficientemente listos para escoger la fecha del lanzamiento», me digo cuando oigo soplar desde la ventana de mi despacho a un viento impetuoso que supongo se llevará al «Intasat» mucho más lejos de cuanto pudieran ir los «Apolos» y los «Soyuz». Mientras andamos con aquello de la exportación de zapatos y la importación de aceites, mientras llamamos con una mano al Mercado Común y con la otra a los emires del Golfo Pérsico, cogemos satélites de veinticinco kilos de peso, que tampoco es tan canijo como para un estreno.

Del «Intasat» se puede decir lo que decían los sevillanos de su río Tamaraguillo, que hay que ver el ruido que metía desde su modestia: pequeño, pero machote.